



Jeff VanderMeer

Aniquilación



DESTINO

Trilogía Southern Reach 1

Aniquilación

TRILOGÍA
SOUTHERN REACH I

Jeff
VanderMeer

Traducción
de Isabel Margelí

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1293

© Jeff VanderMeer, 2014

Publicado de acuerdo con Farrar, Straus and Giroux, LLC, Nueva York

© Editorial Seix Barral, S. A., 2014

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

Por esta edición:

© Ediciones Destino, S. A., 2014

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

© de la traducción del inglés, Isabel Margelí, 2014

Título original: *Annihilation*

Primera edición: mayo 2014

ISBN 978-84-233-4809-1

ISBN 978-0-374-10409-2, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, EE. UU.,
edición original

Depósito legal: B. 6.989-2014

Compuesto por Víctor Igual, S. L.

Impreso por Unigraf, S. L.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

01: Iniciación

La torre, que en principio no debía estar ahí, penetra en el suelo justo antes de que el bosque de pinos negros empiece a dar paso a la marisma, y luego a los juncos y a los árboles torcidos por el viento de los llanos pantanosos. Más allá de estos y de los canales naturales están el océano y, algo más lejos siguiendo la costa, un faro deshabitado. Toda esta parte del territorio llevaba décadas abandonada, por motivos que cuesta referir. Nuestra expedición era la primera que se adentraba en el Área X desde hacía más de dos años; buena parte del equipo de nuestros predecesores se había oxidado y sus tiendas y refugios eran poco más que caparazones. No creo que nadie viera la amenaza contemplando aquel paisaje inalterado.

Éramos cuatro: una bióloga, una antropóloga, una topógrafa y una psicóloga. Yo era la bióloga. En esa ocasión, todo mujeres, elegidas en función de las variables que regían el envío de las expediciones. La psicóloga, mayor que las demás, ejercía de líder. A la hora de cruzar la frontera nos había hipnotizado

a todas para asegurarse de que mantuviéramos la calma. Después de cruzarla, alcanzar la costa nos llevó cuatro días de dura marcha.

La misión era sencilla: proseguir la investigación gubernamental en la misteriosa Área X, abriéndonos camino poco a poco a partir del campamento base.

La expedición podía durar días, meses o incluso años, en función de varios incentivos y condiciones. Llevábamos provisiones para seis meses, y el equivalente a otros dos años se encontraba ya almacenado en el campamento base. Además, nos habían asegurado que, en caso necesario, podríamos vivir de la tierra sin temor. Todos nuestros alimentos estaban ahumados, enlatados o empaquetados. Nuestra herramienta más sofisticada consistía en un aparato de medición que nos facilitaron a todas y que llevábamos colgando de una correa del cinturón: un pequeño rectángulo de metal negro con un orificio acristalado en el centro. Si en el orificio se encendía una luz roja, disponíamos de treinta minutos para retirarnos a «un lugar seguro». No nos dijeron qué medía el aparato ni por qué debíamos asustarnos si se ponía rojo. Pasadas las primeras horas, me había acostumbrado a él de tal modo que ya no volví a mirarlo. Teníamos prohibidos los relojes y las brújulas.

Al llegar al campamento, nos dedicamos a sustituir el equipamiento obsoleto o dañado por el que habíamos llevado y montamos nuestras tiendas. Ya reconstruiríamos los cobertizos más adelante, cuando nos asegurásemos de que el Área X no nos había

afectado. Los miembros de la última expedición habían ido cayendo uno tras otro. Con el tiempo, habían vuelto junto a sus familias, así que, estrictamente hablando, no se desvanecieron. Tan solo desaparecieron del Área X y, por medios desconocidos, reaparecieron en el mundo del otro lado de la frontera. No pudieron describir los detalles de ese trayecto. Esta *transferencia* se había dado a lo largo de un período de dieciocho meses y no era algo que hubieran experimentado expediciones previas. Pero existían otros fenómenos que también podían resultar en una «disolución prematura de expediciones», en palabras de nuestros superiores, por lo que había que comprobar nuestra resistencia en aquel lugar.

Además, debíamos aclimatarnos al medio. En el bosque próximo al campamento base podías encontrar osos negros o coyotes. De golpe podías oír un graznido y ver un martinete lanzarse de una rama y, distraída, pisar una serpiente venenosa, de las que había al menos seis variedades. Las ciénagas y los arroyos ocultaban enormes reptiles acuáticos, por lo que procurábamos no adentrarnos demasiado a la hora de recoger las muestras de agua. Con todo, estos aspectos del ecosistema no nos preocupaban demasiado. Había otros elementos que sí nos afectaban. Tiempo atrás, allí habían existido pueblos, y nos topábamos con signos fantasmagóricos de asentamientos humanos: barracas podridas de techos hundidos y rojizos, radios oxidados de ruedas de vagones medio enterradas en el suelo o el contorno, apenas visible, de lo que fueron recintos para ganado, con-

vertidos en simples soportes para capas de hojarasca de pinos.

Aunque era mucho peor el grave y potente gemido del ocaso. El viento marino y el insólito silencio del interior menguaban nuestra capacidad de determinar su dirección, de modo que era como si el sonido se infiltrara en el agua oscura que empapaba los cipreses. Esa agua era tan negra que nos veíamos la cara en ella; rígida como el cristal, no se agitaba nunca, reflejando las barbas de musgo gris que cubrían dichos árboles. Mirando el océano entre esas zonas, solo se veía el agua negra, el gris de los troncos de ciprés y la lluvia constante e inmóvil del musgo que manaba. Solo se oía aquel gemido grave. Su efecto no se puede entender sin estar allí. Tampoco se puede entender la belleza de todo ello, y cuando contemplas la belleza en la desolación, algo cambia en tu interior. La desolación intenta colonizarte.

Como he señalado, encontramos la torre justo en el límite donde el bosque se anega para transformarse en marisma de agua salobre. Ocurrió el cuarto día tras llegar al campamento base, y para entonces ya estábamos bastante orientadas. No esperábamos encontrar nada allí, basándonos tanto en los mapas que habíamos llevado como en los documentos, manchados de polvareda y agua, que nuestros predecesores habían dejado tras de sí. Pero ahí estaba, rodeado de un cerco de maleza y oculto por el musgo caído hacia la izquierda del sendero: un bloque circular de piedra grisácea, como una mezcla de cemento y conchas molidas. El bloque en cuestión medía

unos veinte metros de diámetro y se alzaba unos veinte centímetros del suelo. En la superficie no había nada grabado ni escrito que revelara en lo más mínimo su propósito o la identidad de sus creadores. Empezando en el norte exacto, una abertura rectangular practicada en la superficie del bloque mostraba una escalera que bajaba en espiral hacia la oscuridad. La entrada estaba cubierta por telas de araña de seda dorada y los escombros de las lluvias, pero de abajo llegaba corriente de aire.

Al principio, solo yo lo vi como una torre. No sé por qué se me ocurrió la palabra «torre», teniendo en cuenta que perforaba la tierra. Habría sido más fácil considerarlo un búnker o una construcción sumergida. Sin embargo, en cuanto vi la escalera me acordé del faro de la costa y tuve una visión repentina de la última expedición desapareciendo miembro tras miembro y, después, del terreno moviéndose de un modo uniforme y preestablecido para dejar el faro en pie donde había estado siempre pero depositando esa parte subterránea del mismo lejos de la costa. Lo vi con pelos y señales estando todas allí y, pensándolo ahora, lo considero mi primer pensamiento irracional una vez alcanzado nuestro destino.

—Es imposible —dijo la topógrafa contemplando sus mapas.

Las densas sombras vespertinas la proyectaban como una oscuridad fría y volvían sus palabras más apremiantes de lo que habrían sido en otras circunstancias. El sol nos decía que pronto tendríamos que encender las linternas para interrogar lo imposible,

aunque yo no habría tenido inconveniente en hacerlo en la oscuridad.

—Pero aquí está —dije—. A no ser que se trate de una alucinación en masa.

—El modelo arquitectónico es difícil de identificar —señaló la antropóloga—. Los materiales son ambiguos e indican origen local, pero no por fuerza construcción local. Si no entramos, no sabremos si es primitivo o moderno, o algo intermedio. Y no sé si me gustaría adivinar de cuándo es.

No había modo de informar a nuestros superiores sobre el descubrimiento. Una norma para las expediciones al Área X era no mantener contacto con el exterior, para evitar toda contaminación irrevocable. Además, disponíamos de pocas cosas que se ajustaran a la capacidad tecnológica de nuestro lugar de origen. No teníamos teléfonos móviles ni vía satélite, ni ordenadores, ni videocámaras, ni instrumentos de medición complejos, salvo esas cajitas negras tan raras que nos colgaban del cinturón. La falta de teléfonos móviles en particular hacía que a las demás el mundo real les pareciera muy distante; yo, en cambio, siempre había preferido vivir sin ellos. Como armas teníamos cuchillos, un contenedor candado y lleno de pistolas antiguas y un rifle de asalto, reacia concesión a los patrones de seguridad del momento.

Simplemente se esperaba que lleváramos un registro, como ese, en un diario, como ese: ligero de peso pero casi indestructible, con su papel resistente al agua, su cubierta flexible de color blanco y negro

y sus líneas horizontales para escribir, con una línea roja a la izquierda para señalar el margen. Dichos diarios regresarían con nosotras o bien los recuperaría la siguiente expedición. Nos habían indicado que ofreciéramos el máximo contexto, de tal modo que cualquier profano en el Área X entendiera nuestros informes. También nos habían ordenado que no nos mostráramos las unas a las otras las anotaciones de los diarios: demasiada información compartida podía alterar nuestras observaciones, creían nuestros superiores. Pero yo sabía por experiencia lo vano que es este propósito de eliminar todo sesgo. Nada que viva y respire es realmente objetivo, ni siquiera en estado de aislamiento, ni siquiera aunque lo único que poseyera al cerebro fuese el deseo autoinmolador de la verdad.

—Me emociona este descubrimiento —terció la psicóloga antes de que llegásemos a hablar más sobre la torre—. ¿También estáis emocionadas?

Jamás nos había preguntado eso en concreto. Durante la instrucción, tendió más a hacernos preguntas del tipo: «¿Crees que en una emergencia podrías mantener la calma?». Ya entonces, me había parecido como un mal actor representando un papel. De pronto, me resultaba aún más evidente, como si el hecho de ser nuestra líder la pusiera nerviosa por algún motivo.

—Sin duda, es emocionante... e inesperado —señalé, tratando de no burlarme y sin conseguirlo del todo.

Me sorprendió percibir un sentimiento de desa-

sosiego creciente, sobre todo porque en mi imaginación, en mis sueños, este descubrimiento habría sido de lo más trivial. Antes de llegar a cruzar la frontera, me había imaginado muchísimas cosas: vastas ciudades, animales peculiares y una vez, estando enferma, un monstruo enorme que surgía de entre las olas para abalanzarse sobre nuestro campamento.

La topógrafa, por su parte, se limitó a encogerse de hombros sin contestar la pregunta de la psicóloga. La antropóloga asintió como si estuviera de acuerdo conmigo. La entrada a la torre, que conducía hacia abajo, ejercía una especie de presencia, como una superficie en blanco que nos permitía escribir de todo sobre ella. Una presencia que se manifestaba como una fiebre ligera que pesara sobre nosotras.

Diría los nombres de las otras tres si eso tuviera importancia, pero solo la topógrafa duraría más allá de un día o dos. Además, siempre nos disuadieron firmemente de utilizar nombres: teníamos que centrarnos en nuestro propósito y «dejar de lado todo lo personal». Los nombres pertenecían al lugar del que proveníamos, no a quienes éramos mientras estuviéramos insertadas en el Área X.

En origen, nuestra expedición era de cinco personas e incluía a una lingüista. Para alcanzar la frontera, tuvimos que meternos cada una en una sala distinta, blanca y brillante, y con una puerta en un extremo y

una única silla metálica en el rincón. La silla presentaba orificios a los lados para correas; las implicaciones de este hecho daban un poco de mala espina, aunque a esas alturas yo ya estaba decidida a ir al Área X. Las instalaciones que albergaban esas salas se hallaban bajo el control de Southern Reach, la agencia clandestina del gobierno que gestionaba todas las cuestiones referentes al Área X.

Allí aguardamos mientras leíamos innumerables textos, y varias ráfagas de aire, algunas frías y otras calientes, nos presionaban desde unos conductos del techo. En un momento dado, la psicóloga nos visitó a cada una de nosotras, aunque no recuerdo qué nos dijimos. Después salimos por la puerta del extremo hacia una zona central de preparación, con puertas dobles al final de un largo pasillo. La psicóloga nos recibió allí, pero la lingüista ya no volvió a aparecer.

—Se lo ha pensado mejor —nos dijo la psicóloga, anticipándose a nuestras preguntas con mirada firme—. Ha decidido quedarse.

Fue un pequeño golpe, aunque también era un alivio que no se tratara de otra: entre todas nuestras capacidades, en aquel momento las de la lingüista parecían las más prescindibles.

Al rato, la psicóloga dijo:

—Bien, despejad la mente.

Lo que significaba que empezaba el proceso de hipnosis para que pudiéramos cruzar la frontera. A continuación se hipnotizaría a sí misma, o algo parecido. Nos habían explicado que, al cruzar la frontera, debíamos tomar precauciones para que la mente

no nos engañara: por lo visto, las alucinaciones eran algo habitual. Al menos fue lo que nos dijeron. Yo ya no sé qué era verdad. Nos habían ocultado la verdadera naturaleza de la frontera por motivos de seguridad; solo sabíamos que, a simple vista, era invisible.

Así pues, cuando «desperté» junto a las demás, llevábamos puesto el equipo completo, incluidas unas pesadas botas de marcha, veinte kilos de peso en mochilas y multitud de provisiones suplementarias colgando de los cinturones. Las tres nos tambaleamos y la antropóloga se cayó de rodillas al suelo, mientras la psicóloga esperaba con paciencia a que nos recuperásemos.

—Lo siento —dijo—. Es la entrada menos brusca que he logrado.

La topógrafa blasfemó y se la quedó mirando. Tenía un genio que debió de considerarse una cualidad. La antropóloga, en su estilo, se levantó sin protestar. Y yo, en el mío, estaba demasiado ocupada observando como para tomarme personalmente aquel despertar. Por ejemplo, advertí la crueldad de la sonrisa casi imperceptible en los labios de la psicóloga mientras nos veía pugnar por adaptarnos, con la antropóloga todavía flaqueando y disculpándose por ello. Más adelante comprendí que tal vez había malinterpretado su expresión: quizá era de sufrimiento o de autocompasión.

Nos encontrábamos en un camino de tierra lleno de guijarros, hojas muertas y agujas de pino húmedas al tacto, por las que trepaban hormigas de felpa

y minúsculos escarabajos esmeralda. Los altos pinos alzaban a ambos lados la escamosa rugosidad de sus cortezas, y las sombras de las aves en vuelo evocaban líneas entre ellos. De tan fresco, el aire era un azote para los pulmones y estuvimos unos segundos esforzándonos por respirar, debido sobre todo a la sorpresa. Luego, tras señalar nuestra ubicación con un pedazo de tela roja atada a un árbol, empezamos a avanzar, rumbo a lo desconocido.

Si, por algún motivo, la psicóloga quedaba incapacitada para poder guiarnos hasta el final de nuestra misión, teníamos órdenes de regresar y esperar la «extracción». Nadie explicó nunca qué forma de «extracción» tendría lugar, pero se deducía que nuestros superiores podían observar el punto de extracción desde la distancia, aunque estuviera dentro de la frontera. Nos ordenaron no mirar atrás a nuestra llegada, pero yo eché un vistazo de todos modos, cuando la psicóloga no se fijaba. No sé muy bien lo que vi. Era algo indefinido y nebuloso y ya muy por detrás de nosotras; tal vez un portal, o tal vez los ojos me engañaron. Tan solo la impresión súbita de un bloque de luz efervescente que se desvaneció de pronto.

Los motivos por los que me presenté voluntaria distaban mucho de los requisitos que cumplía para la expedición. Creo que me seleccionaron por mi especialización en medios en transición, pues este paraje en concreto sufría muchas transiciones, es

decir, que albergaba una especial complejidad de ecosistemas. En pocos lugares se seguían encontrando hábitats donde, en el lapso de una caminata de diez o doce kilómetros, pasaras del bosque a los pantanos y a las marismas de agua salobre y a la playa. En el Área X, según tenía entendido, me encontraría formas de vida marina que se habían adaptado al agua dulce de baja salubridad y que, con marea baja, ascendían nadando por los canales naturales que formaban los juncos, para compartir el mismo medio que nutrias y ciervos. Si caminabas por la playa, acribillada de agujeros de cangrejos violinistas, podías ver en alguna ocasión un reptil gigante de agua dulce, pues también ellos se habían adaptado a su hábitat.

Sabía por qué nadie vivía en el Área X y que, si estaba virgen, era por ese motivo, pero fingí que no me acordaba. Decidí hacer como si me creyera que era un simple santuario de vida salvaje protegida, y nosotras unas senderistas que daba la casualidad de que éramos científicas. Lo cual era acertado en otro sentido: no sabíamos qué había ocurrido allí, qué continuaba ocurriendo, y cualquier teoría preconcebida afectaría a mi análisis de la prueba cuando la halláramos. Además, por mi parte, apenas me importaban las mentiras que me contara, porque mi existencia anterior en el mundo se había vuelto al menos tan vacía como el Área X. Sin nada a lo que agarrarme, necesitaba estar ahí. Respecto a las demás, ignoro qué se dijeron a sí mismas y no quise saberlo, pero creo que todas reivindicaban al menos

cierto grado de curiosidad. La curiosidad podía ser una potente distracción.

Aquella noche hablamos de la torre, aunque las otras tres insistían en llamarla túnel. La responsabilidad del enfoque de nuestras investigaciones recaía en cada individuo, aunque la autoridad de la psicóloga describía un círculo amplio en torno a esas decisiones. Parte de los fundamentos de las expediciones consistían en dar a cada miembro cierta autonomía para decidir, lo que ayudaba a incrementar «la posibilidad de una variación significativa».

Este vago protocolo se enmarcaba en el contexto de las habilidades que teníamos por separado. Por ejemplo, aunque todas habíamos recibido armamento básico e instrucción para la supervivencia, la topógrafa tenía mucha más experiencia médica y en armas de fuego que el resto de nosotras. La antropóloga también había sido arquitecta; de hecho, años atrás, había sobrevivido a un incendio en un edificio diseñado por ella, lo único realmente personal que averigüé sobre su vida. En cuanto a la psicóloga, lo ignorábamos casi todo sobre ella, pero me parece que todas le atribuíamos algún tipo de práctica en gestión.

La discusión sobre la torre era, en cierto sentido, la primera oportunidad de probar los límites de desacuerdo y de compromiso.

—Pienso que no deberíamos centrarnos en el túnel —señaló la antropóloga—. Antes deberíamos explorar más y volver a él más adelante, con los datos que hayamos recogido de nuestras investigaciones, faro incluido.